

tiempo, os afirme, os fortifique" y os consolide sobre él como sobre un fundamento sólido.

11. A él sea dada la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amen.

12. Os he escrito brevemente, según me parece por Silvano, nuestro amado y fiel hermano, que debe entregáros esta carta, declarándoos y protestándoos que la verdadera gracia de Dios y la fe pura es esta en que vosotros permanecéis constantes.

13. La iglesia que está en Roma, la gran Babilonia, y que ha sido escogida como vosotros, y mi hijo Marcos os saludan.

14. Saludaos mutuamente con el ósculo santo. La paz sea con todos vosotros los que estais en Jesucristo. Amen.

11. Ipsi gloria, et imperium in saecula saeculorum: Amen.

12. Per Silvianum fidelem fratrem vobis, ut árbitor, breviter scripsi: obsecrans et contéstans, hanc esse veram gratiam Dei, in qua statis.

13. Salutat vos Ecclesia, quae est in Babylone coelecta, et Marcus filius meus.

14. Salutete invicem in ósculo sancto: Gratia vobis omnibus, qui estis in Christo Iesu. Amen.

Y 10. Esta palabra se halla en el griego: el os fortifique y establezca sobre el como sobre un fundamento sólido.

Y 12. Se cree que este es el mismo Silas, de que se habla en las Actas xv. 40. xvi. 19. y á quien San Pablo llama tambien Silvano. 2. Cor. i. 19. 1. Thes. i. 1.

Y 13. Véase la *Disertacion sobre el viage de S. Pedro á Roma* antes de esta epistola. *Ibid.* No se duda de que este sea S. Marcos evangelista, reconocido por discipulo de S. Pedro.

Y 14. El griego impreso lee: con un ósculo de caridad. *Ibid.* Tal es la expresion del griego. La Vulgata lee: la gracia.

PREFACIO

SOBRE

LA EPISTOLA SEGUNDA DE S. PEDRO.

Después que S. Pedro remitió su primera epistola escrita en Roma, entre el año 45 y el 50 de la era cristiana vulgar, como hemos manifestado en el Prefacio sobre la misma epistola, volvió á Palestina (1). Allí se celebró en el año 51 el concilio de Jerusalem, en que S. Pedro sostuvo que no se debía imponer á los fieles el yugo de la ley; y apoyado su dictámen por Santiago, le abrazó toda la asamblea como decision del Espíritu Santo. Después de este concilio el principe de los apóstoles fué á Antioquia, en donde le alcanzó S. Pablo, como este lo dice en su epistola á los Galatas (2). En el tiempo siguiente no se sabe con claridad lo que hizo S. Pedro hasta su último viage á Roma, á donde fué conducido por el Espíritu Santo, para dar testimonio de la verdad delante de Nerón, y para combatir á Simon mago, que seducía muchas personas con sus prestigios. S. Pablo estuvo allí en el mismo tiempo, que fué el año 65 de Jesucristo, y ambos se juntaron para oponerse á aquel enemigo del Evangelio (3).

Creemos que en esta capital escribió S. Pedro su segunda epistola, y aunque no habla en ella de su prision, ni de sus cadenas, hay toda probabilidad de que la compuso después, que al salir de Roma, para librarse de las persecuciones de Nerón, se le apareció Jesucristo en la puerta de la ciudad, y preguntándole S. Pedro á donde iba, le respondió el Salvador: *Vengo á Roma para ser crucificado de nuevo* (4). Estas palabras hicieron comprender á S. Pedro que muy pronto debía consumir su martirio, y esto es probablemente á lo que hace aquí alusion cuando dice que está próximo el tiempo: es que la tierra de su cuerpo debía ser abalida como nuestro Señor Jesucristo se lo ha hecho conocer (4). En efecto, poco tiempo después fué puesto en prision, en la que se dice que permaneció por espacio de nueve meses, y no salió de ella sino para ir al martirio que padeció en el año 67 de la era cristiana vulgar (5).

Esta epistola pues, debe considerarse como el testamento espiritual del santo apóstol, y contiene los últimos consejos que da á los fieles. El primero se dirige al cuidado que deben tener de trabajar en su

I.
Continuación de la vida de S. Pedro desde que escribió su 1.ª epistola hasta su muerte.

II.
Objeto y análisis de esta epistola.

(1) Este prefacio es el de Calmet, á excepcion del segundo artículo, que contiene el análisis. (2) Gal. ii. 11. et seq. (3) Véase á M. de Tillmont, S. Pedro, art. 33. 34. (4) Ambros. serm. 68. Orig. G. L. in Joan. tom. 21. pag. 115. et 239. Greg. Magn. ser. vii. in Paul. c. 5. 2. Petri. 14. (5) Esta época está discutida. Véase á Tillmont, nota 40 sobre S. Pedro; y el Arte de verificar las datas, segunda edicion pag. 228, donde está determinada en el año 66.

santificación y perfeccion (1). El segundo á los peligros que amenazan á la Iglesia de parte de los hereges: él no señala sino los que tenia que sufrir en su primera edad, y que ya probaba desde entonces (2), y aquellos á que se verá expuesta en su última edad al fin de los siglos (3): lo cual encierra una prueba invencible de su perpetuidad. Porque así como estos últimos peligros deben atacar á la Iglesia misma que ha padecido, ya los primeros según parece por toda la serie de esta epístola en que el apóstol habla siempre á los mismos fieles, es decir, á la misma sociedad, á la misma Iglesia, resulta de ahí necesariamente que la propia Iglesia que ha sufrido los primeros peligros de que estaba amenazada en su primera edad, subsistirá hasta el fin de los siglos en que debe padecer nuevos peligros á que sucederá la paz perfecta de que gozará en la eternidad bienaventurada. Lo que S. Pedro dice aquí del fin del mundo dará lugar á una Disertación sobre este grande acontecimiento, á la cual precederá otra sobre el sistema del mundo.

III.
Respuestas á las objeciones de los que disputan á S. Pedro esta epístola. Ella es canónica. Observaciones sobre su estilo.

S. Gregorio el Grande (4) dice que algunos atribuyen esta epístola á Cefas, á quien S. Pablo resistió delante de Antiocho, como se ve en la epístola á los Galatas (5), y que ellos pretendían ser diferente del apóstol S. Pedro, Pero aquel santo papa refuta esta opinion con solidez. Grocio entre los modernos es quien ha llevado mas adelante la opinion de los que disputan á S. Pedro esta epístola. El quiere atraer á su partido á los antiguos que no la reconocieron por canónica, y en efecto, si hubieran creído que era de este apóstol, no hay probabilidad ninguna de que la hubieran excluido del canon. Añade que el estilo es muy diverso del de la primera, cuya diferencia notan Eusebio (6) y S. Gerónimo (7). Dice además que fué escrita despues de la ruina de Jerusalem, y por consiguiente que no puede ser de S. Pedro, quien fué martirizado en tiempo de Neron. La prueba de haber sido escrita despues de la ruina de Jerusalem, según este autor, es que habla del juicio final como próximo, y nadie ha creído jamas que este juicio debiera suceder antes de la ruina de Jerusalem. Créese que fué escrita en el imperio de Trajano, y que podria ser obra de Simeon ó Simon, obispo de Jerusalem, sucesor ó imitador de Santiago el Menor. Por último, supone que ciertos rasgos que parecen demostrativos para atribuir la al apóstol S. Pedro, le han sido añadidos por los que emprendieron darle crédito, y hacerla pasar bajo el nombre de este apóstol.

Es necesario convenir en que muchos antiguos la tuvieron por sospechosa, y no quisieron admitirla en el canon de los libros sagrados. Unos han sospechado que era supuesta; y Didimo (8) la ha creído corrompida. Orígenes dice que es dudosa (9) y disputada. Eusebio (10) avanza que San Pedro no escribió mas que una epístola cierta, conocida y citada por los antiguos. San Aulifocno (11) observa que en su tiempo se dudaba tambien que fuese de San Pedro, y San Gerónimo da testimonio de la misma duda.

(1) Cap. i. v. l. ad finem. (2) Cap. ii. v. l. ad finem. (3) Cap. iii. v. l. ad finem. (4) Gregor. in Ezech. homil. 18. (5) Galat. ii. 11. (6) No sacceusro nada de esto es Eusebio l. iii. c. 3 y 25. Hist. eccl. (7) Hieron. de Virg. illust. c. i. Scripsit dans epistolas, quas catholice nominantur, quarum secunda a plerisque eius esse negatur, propter styli cum prioris dissimilitudinem. (8) Didym. Comment. in hanc epis. ad finem. Non est ignorandum presentem epistolam esse falsam: quia licet publicetur, non tamen in canone est. (9) Orig. in Joan. pag. 88. (10) Euseb. Hist. eccl. l. iii. c. 5 et 25. (11) Amphiloeh. apud Greg. Nazianz. Carm. 12.

Mas la epístola lleva consigo las pruebas de auténtica y verdadera. No contiene nada que no sea digno de San Pedro, nada contrario á su espíritu y carácter, nada opuesto á las circunstancias del tiempo en que vivió. Lleva al frente el nombre de este apóstol (1); es de uno de los tres apóstoles que estuvieron presentes á la transfiguración de nuestro Señor (2); en ella se cita la epístola primera de San Pedro (3) como escrita por el mismo autor: *Hanc ecce nobis secundam scribo epistolam*. Ninguno de los pasajes que han parecido dudosos á Grocio, falta en lo antiguos manuscritos. Orígenes (4) la cita sin dificultad como de San Pedro. Novaciano (5), que vivia en tiempo de Tertuliano, San Cipriano (6), y aun San Justino mártir (7) ó la citan ó aluden á ella. San Judas en su epístola católica alega las mismas palabras de esta, y las cita como dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo: *Memores estote verborum quae praedicta sunt ab apostolis Domini nostri Jesu Christi, qui dicebant vobis, quoniam in novissimo tempore venient illusores, &c* (8), lo cual se halla en términos expresos en el cap. iii de esta segunda epístola de San Pedro.

Es inútil citar á San Cirilo de Jerusalem (9) á San Atanasio (10), San Gregorio de Naclanzio (11), San Epifanio, San Hilario (12), San Agustín (13), San Ambrosio (14), San Gerónimo (15), Pacundo, Salviano, San Macario, el concilio de Laodicea (16), el tercero de Cartago (17), y todos los posteriores que nos han dado catálogos de los libros santos, pues todos estan de acuerdo en esta materia, y reconocen sin dificultad á esta epístola como canónica. Y siéndolo, ciertamente es de San Pedro, porque de lo contrario seria de algun insignificante impostor. Si no se halla en algunos ejemplares siriacos, es porque fué disputada en otro tiempo; pero está en otros ejemplares de los Siros: San Efreu (18) y San Juan Damasceno que eran Siros, se han servido de su testimonio; y el segundo (19) la pone expresamente en el número de los libros canónicos.

La diversidad de estilo que San Gerónimo ha notado en esta epístola, y que despues ha hecho valer Grocio para disputarla á San Pedro, no ha parecido muy sensible á muchos criticos hábiles (20); y San Gerónimo (21), que es el único que la ha observado, nos descubre una razon de ella que parece muy probable, y es que sirviéndose San Pedro de diversos intérpretes, ya de Glaucias (22), ya de San Márcos, el estilo de sus cartas era preciso que se resintiera de esta diversidad de secretarios. San Márcos que estaba con el apóstol cuando escribió la primera carta [23], no estaba cuando escribió la segunda.

Lo que añade Grocio de que esta se escribió despues del sitio y toma de Jerusalem, y que su autor es Simon, obispo de esta ciudad.

(1) 2. Petr. i. l. (2) 2. Petr. i. 18. (3) 2. Petr. iii. l. (4) Orig. in Jeseu homil. 7. (5) Novatian. lib. de Trinit. cap. 8. (6) Cyprian. ep. 75. (7) Justin. Dial. cum Tryphone. (8) Judas v. 17. Confer. 2. Petr. iii. 3. cum Judae v. 18. (9) Cyrill. Catech. (10) Athan. Synoss. et orat. 2. contra Arian. (11) Nazianz. Cat. 34. (12) Hilari. lib. i. de Trinit. (13) Aug. l. ii. c. 8. de Doctr. Christ. (14) Ambros. de Incarn. cap. 8. (15) Hier. lib. i. cap. 24. contra Jovin. (16) Conc. Laodicen. cap. 60. (17) Conc. Carth. 2. can. 47. (18) Epirota. serm. contra Impudic. (19) Damascen. l. iv. c. 18. de Fide orthodoxa. (20) Magdeburgens. Gomar. Goshard. Cajet. Est. Cornel. alii. (21) Hieron. Duae epistolae quae feruntur Petri, stylo inter se et caractere discrepant, structuraque verborum: ex quo intelligimus pro necessitate rerum diversis cum usum interpretibus. (22) Clem. Strom. l. vii. p. 764. (23) 1. Petr. v. 13.

dad, no merece una refutación seria, porque no se apoya en ninguna prueba sólida. Los pasajes que embarazan á Grocio, y sobre los cuales deseaba que se consultase á los antiguos manuscritos, se hallan en todos los que ha registrado M. Mille, que ha dedicado á esto una particular atención, como lo nota en todos estos pasajes.

Creemos con el comun de los comentadores que esta epístola fué escrita á los mismos cristianos hebraizantes á quienes San Pedro envió la primera. Bastante lo insinúa, cuando dice: *Esta es la segunda epístola que os escribo* [1]. Además les habla como á gentes instruidas en las Escrituras, y que se aplicaban muy seriamente al estudio de los profetas, que estaban entre sus manos (2). El autor del libro de las Promesas, atribuido á San Próspero (3), le da el nombre de *Epístola á los gentiles*, y el autor del sermón de *Catachismo ó del Diluvio*, entre las obras de San Agustín (4), la llama *Epístola segunda de San Pedro á los gentiles*. Algunos comentadores (5) creen que en efecto se puede considerarla como escrita á los gentiles convertidos, lo mismo que á los Judíos; y para probar su sentir, se valen de estas palabras del cap. II: *Simon Pedro, apóstol de Jesucristo, á los que han recibido la misma fe que nosotros*, palabras en que se pretende que están designados los gentiles, llamados como los Judíos, á la religion cristiana. Pero nada es mas natural que aplicarlá á los judíos fieles, que en medio de tantos otros judíos que permanecían endurecidos, habían tenido la dicha de creer en Jesucristo.

(1) 2. Petr. III. 1. (2) I. 19. 20. (3) Prosper, seu alius, Promission. l. IV. c. 2. (4) Vide apud August. tom. 6. nov. edit. p. 606. (5) Quidam apud Est. lic.

DISERTACION

SOBRE

EL SISTEMA DEL MUNDO,

SEGUN LOS ANTIGUOS HEBREOS. *

I.
Dificultad de
conocer el
verdadero
tema del
mundo.

Es admirable que conozcamos tan poco al mundo. Después de tantos siglos que el universo está entregado á las investigaciones y disputas de los hombres, *Mundum tradidit disputationi eorum* [1], apenas se sabe la disposición y estructura de la tierra que habitamos, y aun no se conoce de ella sino la superficie, y eso en la

(*) Esta Disertacion debió ponerse en el tomo XI. después del Prefacio sobre el Eclesiastes; pero las variaciones que se han hecho, han ocasionado un retardó que nos obliga á ponerla en este lugar [Nota del editor francés.]

(1) Ecl. I. 11.

menor parte. Sobre la mayor parte del universo, todo se ha reducido á sistemas y simples hipótesis, sin esperanza de llegar jamás á un conocimiento exacto y demostrativo de las cosas que se estudian. Casi todo lo que los antiguos habían inventado en este género, todos los descubrimientos que creían haber hecho, todos los sistemas del mundo han sido destruidos ó reformados en estos últimos siglos. ¿Y quién duda que á nuestra vez seremos refutados y abandonados, á lo ménos en muchos puntos, por los que vendrán después de nosotros? Siempre habrá en esta materia obscuridades y dificultades invencibles. Parece que Dios, zeloso, por decirlo así, de la belleza y magnificencia de su obra, se ha reservado á él solo el conocimiento perfecto de su estructura, y el secreto de sus movimientos y revoluciones. Nos deja ver de ella lo bastante para obligarnos á reconocer la sabiduría, y hacernos admirar el poder infinito del Criador; mas no para contentar nuestra curiosidad é inclinación. El estudio del mundo y de sus partes es una de las ocupaciones trabajosas que ha dado el Señor á los hombres para ejercitarse en ella: *Hanc occupationem pessimam dedit Deus filiis hominum, ut occuparentur in ea* [1]. Un gran número de sus obras mas grandes que las que vemos, nos están ocultas; pues de ellas no alcanzamos sino un corto número: *Multa abscondita sunt majora his; pauca enim vidimus operum ejus* [2].

No se ha exigido ni pretendido jamás que los escritores sagrados se explicaran en el rigor filosófico y con la precision que los profesores de las ciencias humanas exigen de sus discípulos. El Espíritu Santo habla para todo el mundo; quiere hacerse comprender de los ignorantes como de los sabios. Estos entienden las expresiones populares como el pueblo; mas el pueblo no podría entender las expresiones filosóficas, y elevadas. Por eso no es indigno de la sabiduría de Dios proporcionarse á los simples en sus maneras de hablar, sobre todo en los libros donde los hombres deben estudiar sus deberes y no la física ó la astronomía. Pudo dejar á los sabios el cuidado de penetrar la grandeza y magestad de sus obras.

Los comentadores que se han encargado de desenvolver los sentidos ocultos de los libros santos, y de explicar sus términos oscuros, no han atendido siempre á este principio. Luego que han encontrado pasajes en que el autor sagrado se explica de una manera popular, en vez de estudiar los sentimientos que él supone en el espíritu de aquellos á quienes habla, se han dedicado á manifestar la verdad de lo que quiere decir, y á reformar sus expresiones sobre las ideas que la religion y la filosofía les proporcionaban. Cuando por ejemplo, la Escritura atribuye inteligencia á los animales, cuerpo á Dios, alma á las cosas insensibles, los intérpretes no dejan de advertir que estas son maneras populares de hablar; lo cual es bueno; pero tambien deberían decirnos lo que el pueblo pensaba sobre esto, cuál era su idea verdadera ó falsa, y luego refutarla, si merecía la pena. En lugar de esto cada comentador ha querido reducir á su propia opinion al autor sagrado; le hace decir todo lo

II.
Sistema del
mundo segun los
antiguos Hebreos
muy diferente del
nuestro. Des
cuido de la
mayor parte
de los comen
tadores en este pun
to. Plan de
esta Diserta
cion.

(1) Ecl. I. 13. (2) Ecl. XII. 35.